

El prefecto para la Vida Consagrada, João Braz de Aviz, reflexiona sobre vocaciones y abandonos, autoridad, bienes, relación hombre-mujer, abuso...

“Es necesario cambiar”

DE ROMILDA FERRAUTO

En la vida consagrada, hay más mujeres que hombres. En Roma, alentada por el Papa Francisco, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica se esfuerza por lograr la igualdad. Actualmente son quince mujeres de treinta y ocho funcionarios que trabajan en el dicasterio. De las cinco oficinas de la Congregación, dos están encabezadas por mujeres. El cardenal prefecto João Braz de Aviz está orgulloso de ello. Acogedor y jovial, el brasileño no evade ninguna pregunta, ni siquiera la más incómoda: conventos que cierran, abusos sexuales, abuso de poder, mala gestión de los bienes, la pesadez de las estructuras que deben adaptarse. No pierde la esperanza.

Hay luces y sombras en el panorama de la vida consagrada femenina. Entre las sombras, se registra una crisis importante de las vocaciones. ¿La situación es preocupante?

La situación varía de un continente a otro. Europa está pasando por un momento difícil, muchas casas están cerrando, también hay muchos abandonos. En Asia, sin embargo, tenemos un número impresionante de vocaciones religiosas femeninas. Por ejemplo, en Vietnam, un país comunista, ¡tienen mil novicias cada año! Encontramos un fenómeno similar en África, mientras que América Latina está experimentando un período de estancamiento. En Europa la vida consagrada tiene raíces muy fuertes, pero no nos hemos dado cuenta de que algunas cosas necesitan ser cambiadas porque han envejecido. En primer lugar, la formación, luego la cuestión de la fraternidad —no podemos ser individualistas que vivamos juntos— y la relación entre autoridad y obediencia. Sin olvidar la relación hombre-mujer: ¿por qué el consagrado y la consagrada deben estar tan separados? Debemos revisar el uso de los bienes. Algunas órdenes o congregaciones tienen muchas propiedades, mucho dinero, otras casi nada y todavía hay poco intercambio.

El Papa Francisco, hablando del colapso de las vocaciones, dijo que el riesgo es que la congregación cada vez más pequeña se apege al dinero. ¿Es esto así?

A veces, cinco mujeres mandan sobre un patrimonio enorme. Es un gran problema, porque los bienes no son de la congregación o de esas cinco personas. Los bienes son de la Iglesia. El Papa recomienda dos cosas. En primer lugar, la profesionalidad. Debemos ser competentes, la economía y la administración son ciencias. Y, en segundo lugar, volver a los valores del Evangelio.

Ha mencionado que, además de la crisis de vocaciones, existe el problema de los abandonos. ¿Cuáles son las razones que generalmente llevan a las religiosas a salir del convento?

Influye mucho el contexto cultural actual, en el que es difícil asumir responsabilidad para toda la vida. Los motivos son varios: problemas afectivos, historias personales

llevadas de heridas. La formación inicial es muy hermosa, y después la vida de la comunidad es decepcionante. Las motivaciones son varias. Es necesario cambiar con fuerza la formación. Debería ser personalizada y cuidada durante toda la vida, crear la conciencia de estar siempre en formación en un contexto de fraternidad.

¿Quizá las religiosas están decepcionadas porque se ven haciendo trabajos humillantes, o tediosas tareas administrativas o que no corresponden con la formación recibida.

Aquí está también todo el problema del abuso de la autoridad. Como dice el Papa, cuando la autoridad es interpretada como poder y no como servicio, se puede llegar a situaciones dolorosas. Yo creo que también las personas que tienen roles de dirección deberían aprender a compartir con la comunidad la vida y todas las necesidades: la cocina, la limpieza... Pero siendo respetadas en su rol de servicio de autoridad.

¿Hay un abuso de poder que se refiere también a las mujeres?

Las mujeres consagradas a veces tienen una fuerza de poder extraordinaria en algunas congregaciones. Nosotros hemos tenido casos, no muchos por suerte, de superiores generales que, una vez elegidas, ya no han cedido su cargo. Cambiaron todas las reglas. Una incluso quiso cambiar las constituciones para seguir siendo superiora general hasta la muerte. Y en las comunidades hay religiosas que tienden a obedecer a ciegas, sin decir lo que piensan. Muchas veces se tiene miedo —las mujeres aún más— a la superiora. En la verdadera obediencia, al contrario, es necesario decir lo que el Señor sugiere en el interior, con coraje y verdad, para ofrecer al superior más luz para decidir. Y después obedecer, como lo hizo Jesús.

Sobre los abandonos, imagino que una religiosa que decide dejar el convento vive un momento de crisis muy fuerte, traumático. ¿Se hace suficiente para ayudarla?

Normalmente sí, pero falta más. A veces son completamente abandonadas. Pero las cosas están cambiando. El caso más significativo es la decisión del Papa de crear una casa en Roma para acoger de la calle algunas religiosas expulsadas por nosotros o por las superiores, en particular en el caso de que sean extranjeras.

¿Pero esta casa en Roma es una realidad conocida?

Sí, pero está comenzando. Nuestro Dicasterio está involucrado para apoyar este hogar. El gesto del Papa Francisco es maravilloso. Fui a visitar a estas ex monjas. Allí encontré un mundo de heridas, pero también de esperanza. Hay casos muy duros, en los que las superiores les han retenido los documentos a las monjas que deseaban abandonar el convento o que habían sido expulsadas. Estas personas entraron al convento como monjas y se encuentran en estas condiciones. Ha



El cardenal João Braz de Aviz, brasileño, desde el 4 de enero de 2011 prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica

habido casos de prostitución para mantenerse. ¡Son ex monjas! Las monjas scalabrinianas se han encargado del cuidado de este pequeño grupo. Algunos casos son muy difíciles, porque estamos frente a personas heridas con quienes es necesario reconstruir la confianza. Debemos cambiar la actitud de rechazo, la tentación de ignorar a estas personas, de decir “ya no es nuestro problema”. Y luego, a menudo estas ex monjas no son acompañadas de ninguna manera, no se dice una palabra para ayudarlas... Todo esto debe cambiar absolutamente.

¿Qué puede decirme de la vida contemplativa femenina?

En Europa hay una caída muy grande. Hay vocaciones, pero pocas. Muchos monasterios se están quedando vacíos, no se sabe qué hacer, se pierden muchos bienes. ¡La edad media de las monjas en Europa es muy alta! En los próximos años, creemos que la vida contemplativa podría caer un 50%. El Santo Padre ha querido que se tomaran medidas para luchar contra el aislamiento, para crear relaciones más fraternas, animar el testimonio y la fidelidad al carisma y a las constituciones... Las estructuras son pesadas y el cambio es lento. Hemos de pensar que la vida contemplativa es uno de los signos más bellos de la vida cristiana consagrada.

En la Iglesia, como todavía en varios sectores de la sociedad, las mujeres tienen roles subordinados. ¿Por qué, por ejemplo, las religiosas que trabajan en los hospitales son casi siempre enfermeras y casi nunca médicos? ¿No cree que a veces se descuida un poco la formación de las religiosas?

No solo eso. Es toda una visión que debe ser superada. Lamentablemente, en algunas órdenes, las constituciones colocan la mujer a un nivel inferior respecto a los hombres. La relación no puede ser de sumisión ni de mando. Deberá ser de igual dignidad en la diversidad.

¿Qué se puede hacer? ¿Ve progresos?

Muchísimos. Es suficiente con ver el camino extraordinario que ha hecho la UISG. La mujer es más emprendedora que el hombre, porque es más concreta.

El poder en la Iglesia está unido al sacramento del orden.

Esto hay que cambiarlo. El Papa dijo que hay un malentendido. Se confunden potestad y poder. La potestad del sacramento del orden es un servicio y no un poder que fluye hacia una actitud de dominación. La toma de decisiones debe hacerse en común, caminando juntos. En muchos campos, las mujeres ya ocupan puestos de responsabilidad y decisión. Aún es muy poco.

Un tema doloroso: los abusos sexuales a monjas por parte de sacerdotes. ¿El dicasterio que dirige se ocupa de este drama?

Sí. Recibimos informes de casos, tenemos que examinarlos. Y hay otra cosa que nos sorprende: comienzan a aparecer casos de abusos sexuales entre monjas. Por ejemplo, entre la formadora y la persona en formación. En una congregación han sido señalados nueve casos. Este fenómeno que afecta la esfera femenina se ha mantenido más oculto. Pero sale a la luz. Tendrá que salir. Muchas veces la madurez en el campo afectivo y sexual es débil, es relativa. Si llegan acusaciones, nosotros las acogemos y empezamos a discernir. Muchas cosas son ciertas, muchas no lo son, pero no ocultamos ningún problema. El Papa nos pide transparencia total.

¿Reciben avisos de abusos sexuales y abusos de poder?

Sí. Son campos donde debemos llegar con la fuerza del Evangelio. Una cultura que nos ha hecho entrar en estas desviaciones debe desaparecer; volver al testimonio.

Por tanto, ¿hay esperanza?

Muchísima. Hay más apertura que cerrazón hoy en la Iglesia. Después están los irreductibles.

Terminamos con una nota positiva. Muchas religiosas están comprometidas en las misiones y los servicios de sociales.

Sí, las mujeres están presentes en tantos frentes, por ejemplo en puestos donde se arriesga la vida, donde se es despreciado. Las consagradas son muy valientes, muy audaces, quizá por la fuerza de la maternidad. Y estas cosas, el Papa nos dice que no las debemos perder.